

# EL ÚLTIMO SALUDAOR

JUAN ORTEGA MADRID

*Todo lo que se ignora, se desprecia*

Antonio Machado

## **Resumen:**

El presente trabajo realiza un recorrido histórico y antropológico sobre la figura de los saludadores. Éstas eran personas poseedoras de un supuesto don que los habilitaba para curar enfermedades, entre ellas la rabia, fundamentalmente por la virtud que poseía su saliva. A lo largo del mismo, se intercalan fragmentos de la entrevista realizada a uno de ellos, el cual nació y ejerció su insólito oficio en Cartagena. Haciendo un breve repaso sobre aspectos médicos y etnomédicos, intento dar posibles explicaciones a alguno de los sorprendentes hechos de los que eran partícipes.

## **Palabras clave:**

Saludador, rabia, saliva, herida, Cartagena.

## **Abstract:**

This paper takes a historical and anthropological journey on saludadores. Were persons possessing an alleged gift that enabled them to cure diseases, including rabies, mainly by virtue had its saliva. Intersperse fragments of an interview with one of them, who was born and exercised his unusual craft in Cartagena. I make a brief review of medical and ethnomedical aspects, and try to give possible explanations for their skills.

## **Keywords:**

Saludador, rabies, saliva, wound, Cartagena.

## INTRODUCCIÓN

Posiblemente haya tenido el privilegio de entrevistar a uno de los últimos saludadores que quedaran con vida en España, y con seguridad en la zona del campo de Cartagena. A modo de reseña señalaré que nuestro «último *saludaor*» nació en Santa Ana, vivió en el barrio cartagenero de Los Barreros, no tenía estudios y se ganó la vida como albañil. Su abuelo, originario de la vecina población de Pozo Estrecho y que también fue saludador, vaticinó que un descendiente suyo también tendría este don. Según él, era capaz de curar las heridas producidas por mordeduras de animales por medio de su saliva y también de aliviar dolores mediante la imposición de manos.

Para introducirnos en el tema empezaré analizando el término saludador. En nuestro dialecto murciano, debido a la eliminación a nivel fonético de la /d/ intervocálica, se les conocían como *saludaores*, siendo su nombre castellano el de saludadores. Según el D.R.A.E., saludador proviene del latín *salutātor* y lo define como: «embaucador que se dedica a curar o precaver la rabia u otros males, con el aliento, la saliva y ciertas deprecaciones y fórmulas». Sin duda, esta descripción muestra una visión muy sesgada de este fenómeno y le aplica un matiz fuertemente peyorativo, ya que embaucadores, aprovechados y sinvergüenzas los hay en todas partes, incluidas profesiones que debieran ser ejemplo de rectitud.

Considero mucho más acertada la forma en la que, hace ya más de cuatrocientos años, Sebastián de Covarrubias trata este tema: «[...] curar con gracia *gratis data*; y a los que ésta tienen llamamos saludadores [...] por tener ella (la saliva) virtud de sanar [...] y de que ésta tenga virtud para algunas enfermedades rabiosas [...] muchos de los que dicen ser saludadores son embaucadores y gente perdida [...]».<sup>1</sup>

En el Diccionario de la lengua castellana del año 1734 se define la *gratia gratis data* como: «Es un don transeúnte para ejecutar algunas cosas que exceden toda la facultad de la naturaleza, para utilidad y provecho de los próximos [...] Dios las reparte entre los que bien le parece [...]».<sup>2</sup> Nuestro informante, haciendo referencia primero a su abuelo y después a él mismo, decía lo siguiente sobre este don o gracia que poseían:

Él (su abuelo) lo hacía porque tenía la obligación de hacerlo y asunto terminao. Él sabía que no estaba haciendo nada malo. Él tenía la obligación de hacer aquello, porque la providencia, Dios o quien sea, o la naturaleza, o tal lo había puesto en condiciones de hacer aquello y él estaba obligao a hacer aquello, y lo hacía a la hora que lo llamaran, donde lo llamaran, donde te lo llevaras y hacía lo que tuviera que hacer. Si alguien viene porque le ha mordido un perro, pues yo lo hago con todo el gusto del mundo, porque yo malo no le voy a hacer ná; se lo hago y asunto terminao.

<sup>1</sup> Sebastián de Covarrubias, *Tesoro de la Lengua Castellana o Española*, Madrid, 1611, pág. 20.

<sup>2</sup> *Diccionario de la lengua castellana*, Tomo cuarto, Imprenta de la Real Academia de la Lengua Española, Madrid, 1734, pág. 67.

A tenor de lo expuesto, podríamos definir al *saludaor* como la persona que posee un don sobrenatural, concedido por Dios, para curar enfermedades, fundamentalmente a través de su saliva. Este hecho se conoce con el nombre de saludar (aunque este término no fue usado por nuestro informante), del latín *salutare* y según el D.R.A.E. sería: «usar ciertas preces y fórmulas echando el aliento o aplicando la saliva para curar y precaver la rabia u otros males, dando a entender quien lo hace que tiene gracia y virtud para ello».

### RECORRIDO ANTROPOLÓGICO E HISTÓRICO

Una pregunta que cabe hacerse es porqué surge la figura del saludador. La teoría que formula el investigador F. A. Campagne sería que con la muerte, resurrección y ascensión de Jesús, el Dios hecho carne se desvaneció y el Espíritu Santo ocupó su lugar, pero su invisibilidad e inmaterialidad imponía una frenética búsqueda de lo que él mismo viene a denominar como el *significante*. Así, desde el segundo milenio, en pro de esa búsqueda para intentar devolver a Dios a la tierra, se cosificaron reliquias, altares, imágenes y sepulcros; así mismo, el nacimiento del misticismo fue un reflejo de esa situación. La leyenda o el mito del saludador surge en el siglo XV de igual manera, y prosigue con solución de continuidad hasta nuestros días, aunque ya como algo anecdótico y a extinguir. Los primeros saludadores decían ser familiares de Sta. Quiteria y Sta. Catalina, y como prueba de ello mostraban los símbolos de ambas santas a modo de estigmas sobre sus cuerpos.<sup>3</sup> A las dos santas se las considera abogadas o intercesoras contra la rabia y por ello los saludadores llevaban grabadas la cruz, la rueda de Sta. Catalina o la palma de Sta. Quiteria en diferentes partes de sus cuerpos, como la lengua o el paladar.

Sánchez Ciruelo, resume las características del saludador de la siguiente manera:

Se emplea en querer sanar o preservar a los hombres y bestias y ganados del mal de la rabia; sana con la saliva de la boca o con su aliento; son familiares de Sta. Catalina, o de Sta. Quiteria, y estas santas le han dado virtud para sanar la rabia; en alguna parte de su cuerpo llevan la rueda de santa Catalina o la señal de santa Quiteria; adivinan algunas cosas secretas de lo que está ausente en otro lugar [...]; algunos toman carbón o hierro encendido en la mano y lo tienen un rato, otros se lavan la mano en agua o aceite hirviendo, otros miden a pies descalzos una barra de hierro ardiendo, otros entran en un horno encendido y fuerte.

Este autor, muy crítico con la figura del saludador, afirmaba que éstos, para obtener una fingida santidad y aprovecharse de las gentes simples, se hacían im-

---

<sup>3</sup> Fabián Alejandro Campagne, *El sanador, el párroco y el inquisidor: los saludadores y las fronteras de lo sobrenatural en la España del Barroco*, Ediciones Univ. de Salamanca, Stud. his., H.<sup>a</sup> mod., 29, 2007, págs. 307-341.

primir en sus cuerpos las señales de las santas y hacían como que dominaban el fuego.<sup>4</sup> El dominico Francisco de Vitoria, contemporáneo de Ciruelo, argumentaba que cuando los que hacen tales maravillas son hombres de vida reprobable es un indicio vehemente de que tal virtud es dada por el demonio.<sup>5</sup> En el 1599, el jesuita Martín del Río (citado por Campagne) afirmaba que los saludadores no podían ser aprobados ni condenados en términos universales, teniendo los tribunales episcopales que analizar caso por caso.

El Canónigo Gaspar Navarro trata en profundidad el tema de los saludadores y hace una crítica feroz de ellos, asegurando que todo lo que hacen es debido a pacto explícito o implícito con el demonio, y que tanto ellos como los incautos que recurren a ellos están cometiendo pecado mortal. Así, decía frases como éstas:

Todo lo que hacen es vano y supersticioso y que tiene pacto con el demonio [...] Son hechiceros y enemigos de la religión cristina [...] Si estos vanos hombres curan, es por fuerza y virtud del demonio [...] Para encubrir la maldad fingen ser familiares de Sta. Catalina y Sta. Quiteria [...] Algunos niños o niñas tienen esta señales que dicen ellos que son de Sta. Catalina o Sta. Quiteria y a esto tengo por cierto que las han señalado hechiceros o hechiceras que tienen pacto con el demonio y cuando llegan a tener uso de razón estos niños, tales hechiceras que suelen ser comúnmente sus padres o parientes, les dan a entender que tienen aquella gracia, [...] y estos aunque no tienen pacto explícito con el demonio para curar y hacer tales efectos más obra el demonio implícitamente en aquellas ceremonias que hacen [...] adivinan algunas veces cosas secretas, de cosas ausentes en otros lugares y también de las cosas pasadas y aún de las cosas que han de suceder. Ya sea porque el demonio se las dice a los que tienen pacto explícito con él y a los que tiene pacto implícito, les mueve la imaginación o fantasía para que las digan [...] dicen que conocen las brujas y brujos [...] decir que esta o aquella es bruja es pecado mortal, porque los pecados secretos al manifestarlos e infamar al que los tiene es pecado manifiesto [...] De qué sirve para tener gracia de saludador el control del fuego o ponerse una espada entre el pecho y la pared como un arco. Esto es cosa vana y acto de soberbia pues se hace por propia estimación en la cual no concurre la majestad de Dios y así todo es obra diabólica llevando con esto engañada a la gente simple e ignorante [...] (para el control del fuego) se ayudan de artificios que el demonio se los ha enseñado [...] aunque digan cosas sagradas y echen agua bendita y digan los Evangelios o pongan reliquias de santos no les den crédito porque el demonio debajo de aquella especie de santidad cubre su bellaquería para engañar [...] son ladrones que roban [...] no quieren saludar sino que les paguen muy bien [...] Saludadores y saludadoras condenan sus almas y los que los llaman para saludar pecan mortalmente. Ninguno permita curarse con ellos porque mucho mejor es morir que no curarse con manos del demonio [...] si

<sup>4</sup> Pedro Sánchez Ciruelo, *Reprobación de las supersticiones y hechicerías*, Madrid, 1538, pág. 94.

<sup>5</sup> Francisco de Vitoria, *Obras de Francisco de Vitoria. Relecciones Teológicas*, Edición crítica del texto latino, versión española e introducción por Teófilo Urdanoz, Madrid, BAC, 1960, pág. 1259.

un hombre es de mala vida y está asentado en su pecado y dice que es saludador y hace tal oficio por cierto hemos de creer que es hechicero y obra con pacto del demonio que no con gracia de Dios y estos tales no son verdaderos saludadores [...] nunca o raras veces da Dios a los hombres viciosos y pecadores don de sanidad [...] cuando hombres de buena vida, santos y amigos de Dios saludan, de quien se cree que tienen gracia especial de Dios para saludar, y curar, y profesan vida de santidad, y dicen oraciones santas, en estos bien se puede confiar. Pero estos saludadores no curan con vanidad, soplando ni poniendo saliva, ni entran en el horno ardiendo, sino con oraciones santas, intercediendo con Dios<sup>6</sup>

El religioso beneditino Benito Jerónimo Feijoo, hace un recorrido por diferentes campos del saber con la intención de desterrar diversas supersticiones enraizadas en la cultura y sociedad de la época. Así, aborda el tema de los saludadores y dice de ellos que «no tienen virtud alguna buena, ni mala para curar la rabia, o si tienen alguna, no es particular, sino común a todos los hombres». Según diserta, ciertas creencias médicas de la época barajaban la posibilidad de que el agua fría (o el soplo de aire frío con el que los saludadores decían curar), «o les acelera la muerte, o les restituye la salud (a los que padecen la rabia) [...] en esto está todo el misterio de la virtud de los Saludadores». Feijoo duda mucho de este remedio, pero explica que si fuera verdadero, todos los hombres y animales pueden soplar, por lo que todos podrían ser saludadores, y con ironía apunta que aún mejor serían unos buenos fuelles de fragua o de órgano. Expone que si la gracia que poseen es de concesión divina, cómo es posible que solo se dé en la Nación Española si el Espíritu Santo está en todas partes; además cómo es posible que solo haya saludadores en las clases bajas y nunca haya habido ningún Caballero u hombre poderoso con este don.<sup>7</sup>

Hago un inciso aquí para entremeter otro fragmento de la entrevista, donde podemos ver que también hubo gente con una buena situación económica que ejerció de saludador: «Él no cobraba (el abuelo). En aquellos tiempos él tenía poder, tenía una finca de doscientas y pico fanegas y 5 hijos para trabajarla, y no le hacían falta los cuartos y jamás en la vida quiso cobrar nada».

Dice Feijoo que las marcas de sus cuerpos que señalan su virtud (cruz o rueda) o se las imprimen o no son más que las protuberancias y venas propias del cuerpo, que ellos quieren hacer creer a los incautos que son señales de la providencia. También dice que no puede ser virtud natural su don, pues si así fuera, todos los hombres por ser de la misma especie, podrían ser saludadores, o al menos todos aquellos que estuvieran en unas mismas condiciones ambientales (mismo clima, alimentos y agua). Tampoco su gracia es por un pacto con el demonio, ya que estas personas son examinadas por los tribunales eclesiásticos y serían descubiertos. Por tanto dice textualmente «son unos embusteros» y transcribe textualmente la confesión de un saludador desenmascarado: «yo no tengo otro oficio de que vivir, me metí a éste por inducción y consejo de un amigo mío, que se sustentaba con el mismo embuste, y me

<sup>6</sup> Gaspar Navarro, *Tribunal de la superstición ladina*, Disputa XXXI, Huesca, 1631, págs. 88-96.

<sup>7</sup> Benito Jerónimo Feijoo, *Teatro crítico universal*, Tomo III, Discurso I, Madrid, 1729.

hallo lindamente; porque con soplar los días de fiesta gano lo que he menester para holgar, comer, y beber toda la semana». Continúa Feijoo refutando las actividades de los saludadores y cuenta que cuando saludan a un ganado, aunque esté sanísimo, señalan algunos animales, les soplan y bendicen y obviamente esos animales no mueren y el incauto dueño cree que ha sido por la gracia del saludador. En cambio, cuando los animales están mal, se excusan en que si se les hubiera avisado antes seguro habrían sanado. En cuanto al control sobre el fuego (pisar hierros al rojo, entrar en hornos ardiendo o apagar con la lengua ascuas encendidas) comenta que o lo hacen por medio de algún truco o artificio, o bien les viene de origen diabólico, ya que Dios no hace milagros sin necesidad. Con esto último quiere decir que «la prueba es el efecto mismo de la virtud»; esto es que el hecho de hacer sanar a alguien de una grave enfermedad como la rabia, ya sería prueba suficiente e inequívoca de que tienen tal virtud, y no sería necesario ir haciéndose publicidad mediante la escenificación del control sobre el fuego.

Concluye el padre Feijoo, como hombre ilustrado que era, diciendo:

Yo no pretendo que todo lo que llevo dicho se reciba como una sentencia definitiva, [...] sólo que sirva de precaución para no creer a los saludadores de ligero, y para que se hagan los experimentos de su ostentada virtud con rigor, de modo que no haya lugar a alguna falacia. Posible es que entre millares haya alguno que tenga gracia *gratis data* curativa de la rabia, u otra enfermedad; pero esto no se ha de creer a menos que lo acrediten los efectos de la curación, y la vida ejemplar del sujeto. [...] es posible que alguno cure por pacto con el demonio; [...] Puede formarse este juicio [...], del que hiciere rigurosamente, y sin falacia la prueba del fuego; y también del que con sus deprecaciones matare algún hombre deplorado por la rabia: porque ésta es acción moralmente pecaminosa, la cual por consiguiente no puede venir de gracia *gratis data*.

Leíamos de nuestro entrevistado, que él y su abuelo ejercían de saludadores porque tenían ese don y se veían en la obligación moral de usarlo, pero esto no sólo se podía ver como un hecho pecaminoso por la iglesia, sino como un delito que podía conllevar penas de cárcel. Decía así: «El médico de Pozo Estrecho ya lo había metío a mi abuelo en aquellos años en la cárcel porque decía que todo eso eran brujerías».

Como ha quedado patente, parte del clero tuvo una actitud ciertamente beligerante hacia los saludadores. No obstante hubo casos en donde los mismos religiosos actuaron y consiguieron ser afamados saludadores. Este es el caso del franciscano Andrés de la Rosa en Yecla<sup>8</sup> o Fray Manuel Jerónimo Esquivel en la zona de Vélez Blanco.<sup>9</sup> Otro caso a señalar es el de unos religiosos pertenecientes al Obispado de Jaca (Huesca), que en el siglo XVII difundieron la noticia de que por intercesión de Sta. Quiteria habían recibido el don de curar el mal de la rabia, y según cuentan

<sup>8</sup> Fabián Alejandro Campagne, art. cit., pág. 332.

<sup>9</sup> J. García Abellán, *La otra Murcia del siglo XVIII*, Murgetana, núm. 42, Murcia, 1975, pág. 15.

las crónicas ciertamente la gente sanaba.<sup>10</sup> Fray Martín de Castañega, (año 1529) defendía la práctica de los saludadores y decía: «[...] no es razón que los que estas virtudes naturales tienen, y por experiencia las muestran, sean reprobados o condenados por sospechosos o supersticiosos».<sup>11</sup>

Del escritor renacentista Antonio de Torquemada<sup>12</sup> hay una conocida obra del año 1570, donde a modo de diálogo trata diferentes temas curiosos o sobrenaturales. Así, habla de los saludadores y cuenta una historia muy similar a una, que según narró nuestro informante, le aconteció a su abuelo. A continuación transcribiré un resumen de la obra de Torquemada, así como un fragmento de la entrevista, donde queda patente la sorprendente similitud. Escribía Torquemada:

Os quiero decir lo que a mi padre le aconteció con un saludador; y fue que, siendo mozo, yendo un camino largo salió a él un mastín tan dañado, que antes que pudiese apartarle de sí le mordió en una pierna [...] Mi padre no hizo caso de ello, y así, caminó tres o cuatro días; y una mañana pasando por una aldea [...], un labrador se llegó a él y le dijo: “Decidme, señor: ¿a vos os ha mordido algún perro? [...] Preguntáoslo porque Dios os ha traído por aquí para que no perdáis la vida; porque yo soy saludador, y ese perro que decís que os sacó sangre de la pierna estaba rabiando [...]. Y para que entendáis que digo verdad, el perro tenía tales y tales señales”, diciendo las mismas que mi padre había visto, de que no quedó poco maravillado. Y el saludador le tornó a decir: “Si queréis asegurarnos conviene que por hoy os detengáis en este pueblo”, y así, le llevó a su casa y le saludó, y todo lo que comieron. Y después de comer lo tornó a saludar [...]

Esto contaba nuestro entrevistado de su abuelo: «Un día, se cruzó con un hombre que iba en un carro. Llevaba un perro lobo amarrado al carro, y ná más verlos supo que los dos tenían la rabia. Se puso a hablar con él y le dijo que el perro se lo llevaba él, y se lo llevó. Total, que curó a los dos, al perro y al hombre».

Como ya se ha indicado, según los teólogos, los poderes de los saludadores se consideraba que podían ser de origen divino (*gratia gratis data*), de origen natural (por cualidades intrínsecas de la persona) o facilitados por el demonio, y también cabía la posibilidad que fuera una simple simulación, farsa o estafa por parte de algún aprovechado<sup>13</sup>. Para conocer la naturaleza de dichos poderes y saber si el poseedor de los mismos era o no ministro del demonio, se establecieron unos principios. Por tanto, los Obispos y el Tribunal de la Inquisición sólo determinaban si había o no pacto con el demonio. Así, el padre Feijoo decía: «Si tienen virtud curativa, o no, lo dejan (las autoridades eclesiásticas) a que la experiencia lo diga, y nuestra prudencia

<sup>10</sup> Fabián Alejandro Campagne, art. cit., pág. 330.

<sup>11</sup> Martín de Castañega, *Tratado de las supersticiones y hechicerías*, Capítulo XII, edición con estudio preliminar de F. A. Campagne, UBA, Buenos Aires, 1997, pág. 193.

<sup>12</sup> Antonio de Torquemada, *Jardín de las flores curiosas*, Tratado tercero, ed. de Enrique Suárez Figaredo, Universidad de Valencia, Rev. LEMIR, núm. 16, 2012, pág. 741.

<sup>13</sup> Fabián Alejandro Campagne, art. cit., pág. 338.

nos desengañe». <sup>14</sup> Fray Bernardo Pacheco nombraba estos principios del siguiente modo, asegurando que eran muchos los saludadores con poderes de origen diabólico:

lo primero, los que dicen conocer cosas futuras pues lo hacen con arte diabólico; lo segundo, los que pisan sin daño las barras de fuego o entran en hornos estando ardiendo pues como esto no puede hacerse naturalmente ni haya fundamento para que Dios lo haga [...] lo hacen con pacto con el diablo; tercero, los que con un soplo apagan un horno ardiendo; lo cuarto, [...] los que matan con soplo los que padecen mortal rabia [...]; lo quinto, cuando tienen la rueda de Sta. Catalina o la palma de Sta. Quiteria impresas en el cuerpo, porque el diablo, queriendo imitar a Cristo [...] él mismo las imprime; lo sexto, cuando uno a otro saludador se reconocen sin haberse jamás visto; lo séptimo, si dicen aprenden de otros esa virtud porque la gracia o natural o *gratis data* no se aprende ; lo octavo, si cree tener esa virtud por ser el séptimo hijo sin interposición de nacimiento de hija [...] o aquel que nace en viernes Santo [...]; lo último cuando para curar usa de palabras de las cuales y no de otras fía su virtud<sup>15</sup>

Hubo familias donde se intentó perpetuar en su linaje la figura del saludador. En otras ocasiones no eran los padres sino los mismos saludadores en activo los que contribuían a la multiplicación de su colectivo. Cuenta el ya mencionado Gaspar Navarro que había una mujer que había tenido siete hijos varones sin intermedio de ninguna hembra, y extendió ésta la noticia de que el séptimo tenía las señales de saludador. Entonces Navarro les dijo a las gentes del lugar que no creyesen que era saludador sino que los hechiceros o el mismo demonio habrían impreso aquella señal. Cuando llegó la noticia hasta la madre, entendió ésta que era mejor no difundir estos bulos y de allí en adelante no se habló palabra del caso y el hombre vivió y no trató ni pensó en ser saludador.<sup>16</sup> Así contaba nuestro entrevistado cómo supieron que él sería saludador:

Decía (mi abuelo) que tenía que venir uno de su raza, que vendría uno de su raza, y vine yo... que yo no tengo ni punto de comparación con mi abuelo que en paz descansa [...] mi madre me oía llorar, mi madre venía advertía que mi abuelo había dicho que vendría uno con gracia. [...] No he coincidido nunca con nadie como yo. He oído decir de este, de otro, de por el Algar hay otro, pero no he coincidido nunca. Nadie de mi familia ha sacao esto. [...] A mi abuelo, que se sepa, no le vino (la gracia) de herencia.

Callejo e Iniesta citan el caso de dos niños saludadores de finales del 1800 en el concejo asturiano de Aller. Uno con nueve y otro con la sorprendente edad de dos años y medio ya ejercían como saludadores. En ambos casos parece que los padres jugaron un papel importante en difundir la especial gracia de sus hijos. Igualmente ambos murieron muy jóvenes (seguramente por el contagio de alguna enfermedad

<sup>14</sup> Benito Jerónimo Feijoo, *op. cit.*, VI-24.

<sup>15</sup> Bernardo Pacheco, *Suma moral escrita en breve compendio*, Madrid, 1760, págs. 278-279.

<sup>16</sup> Fabián Alejandro Campagne, *art. cit.*, pág. 326-327.



contraída de las muchas personas a las que saludaban –apreciación personal-). También nombran la existencia de otro niño en Yeste (Albacete) a principios del siglo XX, que no sólo se hizo famoso por curar personas, sino curar a las caballerías.<sup>17</sup> Nuestro entrevistado también empezó muy joven su actividad sanadora, e igualmente empezó con bestias:

Cuando yo era pequeño, en Santa Ana, en los Ventorrillos de Santa Ana, había un hombre mayor que también curaba, tenía también gracia y se dedicaba a poner herraduras a las bestias, pero tenía gracia y cuando había una bestia que tenía dolor, estaba doblá de dolor o por alguna mala digestión, entonces lo llamaban a él. Pero yo, que era un crío de 6 o 7 años tenía más gracia que él, era más efectivo que él. Entonces la gente venía a buscarme a mí y el hombre no me podía ver. Había una yegua que estaba doblá, había tenío una mala digestión, llevaba dos o tres días,... resumiendo que yo toqué al animal y al rato al animal se le quitó aquello. Cogí mi apargate, me lo ponía en la mano y se lo pasaba por la barriga apretándole, que era lo que el otro hacía. Bueno puede ser una casualidad de la vida, pero entonces había muchas bestias para trabajar en el campo, entonces le pasó a otra bestia y la trajeron y también se le quitó. Así que yo empecé con las bestias, cuando tenían una mala digestión o alguna cosa. Y ya por aquello empecé yo, siendo bien pequeño. Si le mordía algún perro a una bestia, pos igual.

Como hemos podido ir viendo en las letras de los diferentes estudiosos que trataron el mito de los saludadores a lo largo de los siglos, las cualidades que se les atribuían eran:

1. Curar enfermedades, principalmente la rabia, mediante la aplicación de su saliva o su aliento. Señalar aquí que la rabia es una enfermedad que, como leeremos más adelante, cursa con unos síntomas confundibles por el vulgo con ataques epilépticos, crisis de esquizofrenia o posesiones diabólicas. Esto decía nuestro entrevistado:

Eso se hace con la saliva. El procedimiento que tiene, es que tienes que hacerlo a una cierta hora después de haber comido porque sino la saliva<sup>18</sup> está muy clara y no ves nada. Cuando una persona tiene algo, yo por ejemplo he curado a una persona que ha tenío cualquier cosa, y hechas ese pegote de saliva, pos pasa como con el mal de ojo,<sup>19</sup> se desintegra inmediatamente. Se echa sobre la herida y se desintegra inmediatamente. Se escupe directamente en la herida y la saliva desaparece. Eso es porque mata al microbio que tiene. Si ves que no da la señal esa, que no hierve, que no mueve, ninguna herida cura. La herida chupa la saliva y desaparece y en eso es en lo que yo me basaba para saber....Tienen que pasar

<sup>17</sup> Jesús Callejo y José Antonio Iniesta, *Testigos del Prodigio: poderes ocultos y oficios insólitos*, Ed. OBERON-ANAYA, 2001, págs. 44-50.

<sup>18</sup> En diferentes rituales de curación se usa la saliva en ayunas como signo de pureza. Cfr. V. Lis Quibén, *La medicina popular en Galicia*, Akal editor, Madrid, 1980, págs. 20.

<sup>19</sup> En la curación del mal de ojo el aceite desaparece en el agua. Cfr. B. de Maya Sánchez, *Ensalmdores-sanadores en Cehegín*, UMU, Murcia, 2013, pág. 259.

unas 3 horas si estás recién comido...por ese motivo, porque si la saliva está muy clara no ves. [...] empezó Luis a malar y malar y a sentirse mal y qué pasa aquí. Lo llevaron al médico, y el médico lo estuvo curando de cosas de nervios y no sé cuantas. Entonces le dijeron: «Pencho (su abuelo), el zagal de tu hermano está malo, como de los nervios y no dan con lo que tiene, está peor cada día». Fue mi abuelo a ver al sobrino y le dice: «tu hijo tiene la rabia».

2. Curar mediante la imposición de manos. Estos fueron casos que contó nuestro informante:

Un día estábamos trabajando [...] Estaba toda la mañana conmigo (el peón que le ayudaba) y llevaba dos horas: ¡ay que dolor de barriga tengo...ay que dolor! Era un hombre incrédulo en eso, porque ya lo habíamos hablado y yo sabía que él no creía en esas cosas. ¿Cómo le digo yo que me deje que le ponga la mano en la barriga si él no cree en eso?, eso es como predicar en el desierto. Estábamos enlozando una entrada y cuando llega donde estaba la tirada de la escalera, abajo en el último rincón, le digo: «Juan métete aquí y mídete estas piezas». Yo estaba deseando de que llegara aquí, y como está muy estrecho yo le pongo la mano en la barriga [...] sin trastearlo mucho para que no se mosqueara, pero al final se mosqueó: ¡Coño tu es que eres maricón! [...] Salió para fuera con las medidas de las piezas para cortarlas y tal y al rato vuelve, pues si se me ha quitado el dolor de barriga. ¿Es que me estabas trasteando la barriga para quitarme el dolor de barriga?... Se pasa un poco la mano, y algunos dolores se curan y otros no. Dolores de cabeza, de pierna,...si tienes una avería en la pierna lo lógico es que no le haga nada, pero sí le alivia un poco, en un 40 o 50 por ciento.

Mi mujer está mala de la columna, y alguna noche me dice ponme la mano aquí o pásame la mano por aquí; y mi hijo, [...] a lo mejor tenía un año, los zagales padecen mucho del dolor de barriga cuando son pequeños, y no hablaba, y ahí está mi mujer que la puedes llamar, y llorando como estaba me señalaba, yo le pasaba la mano y se quedaba durmiendo. Vino una cuñada mía de Castellón, muy incrédula. [...] tengo un dolor de cabeza que pa'qué. Yo callao, y cuando se quedó la cosa más tranquila, yo me levanté y gastándole una broma, [...] le toco la cabeza, la frente... la dejé, se queda pensando... ¿cómo es posible que se me ha quitao el dolor de cabeza que tenía?, ¡me ha desapareció el dolor de cabeza! Otras a lo mejor no se quitan, según. El dolor se me trasmite al brazo con el que toco. Me dura un rato, un poco. Cuando hecho la saliva no. Cuando a una persona le duele algo, le coges el dolor. Las otras noches (se dirige a una vecina que escucha nuestra conversación), le dolía la barriga, le pongo la mano en la barriga y seguimos hablando y al ratico le digo: “¿te duele la barriga? A mí ya no me dolía la barriga -contestó la vecina-. Otros no se quitan, se alivian, pero no se quitan.

3. Vaticinar acontecimientos futuros o ver cosas del pasado: clarividencia y percepción extrasensorial. Como ya he señalado, nuestro saludador contaba de su abuelo que vaticinó la llegada de «uno de su raza» con gracia o que supo sólo con mirarlos que el carretero y el perro lobo tenían la rabia, pero también otras cosas tan sorprendentes como ésta:

Mi abuelo, [...] veía a las mujeres en cueros. [...]. En una cierta ocasión iban tres y le dicen: «tío Pencho, ¿qué es lo que llevo yo? Tú llevas una cruz de esparatrapo en la barriga, tú llevas una cruz de tiza y tú una romana pequeña colgá en los saragüeles.» Y se lo acertó. Las veía en cueros vivos. [...] Mi abuelo, en aquellos años, una persona que viera, por mucha ropa que llevara la veía en cueros como la había parío su madre.

4. Otras facultades propias de los saludadores, pero de las que no hacía gala el nuestro, serían amainar tempestades, identificar brujos, ver a personas fallecidas, soportar temperaturas extremas y control sobre el fuego, y erradicar alimañas (lobos) y plagas en los cultivos (langosta, gusano).

Aceptando como una posibilidad plausible la teoría de Campagne apuntada con anterioridad, qué mejor manera tenían de demostrar que sus virtudes eran de origen divino, que haciendo una clara «imitación de Cristo».<sup>20</sup>

Así, el tema de la gracia (*gratia gratis data*) dada por Dios, lo podemos leer en el evangelio de San Mateo, donde Jesús les dice a sus discípulos: «Curad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, arrojad demonios; gratis recibisteis, dad gratis» (Mt 10,8). También en Cor 12,11: «estos dones los produce el mismo y único Espíritu, que los distribuye a cada uno en particular, según la place».<sup>21</sup>

Hablando de forma metafórica, Jesús dirigiéndose a sus discípulos les insta a que le pidan a Dios que mande más «obreros evangélicos» que, porqué no, podrían ser entre otras personas los saludadores: «Mucha es la mies, pero pocos los obreros; rogad, pues, al dueño de la mies que envíe obreros a su mies.» (Mt 9,37-38)

En cuanto a la curación mediante la saliva tenemos varias citas en los evangelios. Está la curación de un ciego de nacimiento: «Dicho esto, escupió en tierra, hizo barro con la saliva, aplicó el barro a los ojos del ciego y le dijo: ve a lavarte [...], se lavó y volvió, obtenida ya la vista» (Jn 9,6-7). La curación del ciego de Betsaida: «Tomando de la mano al ciego, lo sacó fuera de la aldea; le echó saliva en los ojos, le impuso las manos [...] y éste comenzó a ver claro y recobró la vista [...]» (Mc 8,23-25). Y la curación de un sordomudo: «Y llevándose lo aparte, fuera de la gente, le metió los dedos en los oídos y con saliva le tocó la lengua [...] y comenzó a hablar correctamente» (Mc 7,31-35).

En lo referente a una faceta, quizás menos conocida, como era el control de las tempestades también encontramos en las sagradas escrituras ejemplos: «Subió entonces con ellos a la barca, y el viento se calmó [...]» (Mc 6,51); «y en esto se levantó en el mar una tempestad tan grande, que las olas llegaban a cubrir la barca [...] se levantó, increpó a los vientos y al mar, y sobrevino una gran calma» (Mt 8,24-27); «se levantó una fuerte borrasca [...], se levantó, increpó al viento y dijo al mar: ¡calla!, ¡enmudece!, el viento cesó y sobrevino una gran calma» (Mc 4,37-39).

<sup>20</sup> Fabián Alejandro Campagne, art. cit., pág. 329.

<sup>21</sup> Las citas bíblicas han sido extraídas del libro de la Biblia de Editorial Herder, Barcelona, 1975.

Desenmascarar a personas que practicaban la brujería: «Guardaos de los falsos profetas [...], por sus frutos los conoceréis» (Mt 7,15-20).

Curación por imposición de manos: «[...] yacía en cama con fiebre; le tocó la mano, y se le quitó la fiebre [...]» (Mt 8,14-15); «[...] les tocó los ojos, y al momento recobraron la vista» (Mt 20,34); «extendió la mano, lo tocó [...] e inmediatamente desapareció de él la lepra» (Mc 1,40-43); «impondrán las manos a los enfermos y éstos recobrarán la salud» (Mc 16,18).

La curación de la rabia, enfermedad infecciosa de origen vírico cuyos síntomas podrían llegar a confundirse con un ataque epiléptico (o una posesión demoníaca), la encontramos encubierta por ejemplo en la «la curación de un epiléptico» (Mc 9,18-29): «el niño echa espumarajos y rechina los dientes y se queda rígido [...]»

El don de la clarividencia que se le atribuía a los saludadores obviamente también tenía su reflejo en Jesús, el cual profetizó (entre otras cosas) en repetidas ocasiones lo que sus discípulos harían: «os aseguro que uno de vosotros me entregará», «esta misma noche, antes que el gallo cante, tres veces me habrás negado tú». (Mt 26)

Para encontrar la virtud de la resistencia al fuego y al calor, encontramos en el Antiguo Testamento un pasaje: “[...] el fuego no había tenido poder alguno sobre sus cuerpos, que ni los cabellos de sus cabezas se habían quemado, que sus calzones estaban intactos y que ni siquiera olían a chamuscado”. (Dan 3)

Para terminar con las imitaciones divinas de los saludadores, diré que en el libro del Éxodo del Antiguo Testamento, se habla de las plagas que Dios mandó sobre Egipto. No es descabellado pensar que esas plagas de langosta o gusano que asolaban periódicamente los cultivos podían ser interpretadas por una sociedad tan sacralizada como un castigo de Dios y por tanto la intercesión de una persona «santa» como eran considerados los saludadores por el pueblo llano, podría remediarlas. (Éx 7-11)

Atendiendo a todo ello, podríamos decir que el saludador nació en una sociedad tremendamente sacralizada<sup>22</sup>, donde la búsqueda de manifestaciones divinas era un constante, y donde las abundantes plagas y epidemias existentes, sumado a los escasos conocimientos en temas sanitarios, provocaron su aparición. Hoy día esas premisas, en claro detrimento, han ocasionado que el oficio de saludador haya pasado a ser una figura anacrónica que irremediablemente terminará por desaparecer. Nuestro informante también era consciente de esto y decía: «Hoy afortunadamente hay muchos más adelantos. Esto ya se queda muy incrédulo...»

Los signos físicos o circunstancias de su nacimiento que los caracterizaban y les propiciaban esa gracia sobrenatural eran los siguientes:

<sup>22</sup> Cfr. G. García Herrero *et al.*, *La memoria de Caprés*, Revista Murciana de Antropología, núm. 4, 1997, págs. 98-99. En una sociedad donde la medicina científica estaba ausente, la medicina popular era el único medio al que aferrase para librarse de los males. Las personas con «gracia» eran el medio para conectar entre la realidad cotidiana y la dimensión trascendente.

1. Ser el séptimo<sup>23</sup> hijo (hombre o mujer indistintamente), siempre que los seis hermanos previos fueran del mismo sexo que ellos, es decir, siete<sup>24</sup> varones o siete hembras.

2. Llorar tres<sup>25</sup> veces antes de nacer, siempre y cuando la madre guarde en secreto dicho acontecimiento.<sup>26</sup> Este fue el caso de nuestro informante, que decía lo siguiente:

Yo lloré tres días antes de nacer a las 12 del día<sup>27</sup>; entonces, eso había que guardar el secreto y no decirlo hasta después de nacer. [...] Antes de nacer, a las 12 del día, mi madre me oía llorar; mi madre venía advertía que mi abuelo había dicho que vendría uno con gracia. También dicen que los que nacen en Viernes Santo o algún día determinado del año tienen gracia.

Los testimonios sobre este fenómeno del llanto antes de nacer son abundantes en la bibliografía y lo suelen describir como un sonido semejante al maullido de un gato.<sup>28</sup>

---

<sup>23</sup> Alejandro Peris Barrio, *Los Saludadores*, Revista de Folklore, núm. 339, 2009, pág. 75.

<sup>24</sup> Cfr. A. Lorenzo Vélez, *Simbología del Número en el Folclore*, Revista de Folklore, núm. 3, 1981. Afirma que el siete lleva inherente, según la creencia popular, grandes cualidades mágicas, haciendo alusión explícitamente al fenómeno de los saludadores.

<sup>25</sup> Jesús Callejo y José Antonio Iniesta, *op. cit.*, pág. 35.

<sup>26</sup> Cfr. A. Lorenzo Vélez, art. cit. El tres ha ostentado una especial predilección en diferentes pueblos y religiones, y en particular en la cristiana (tres fueron los Reyes Magos, tres fueron los hijos de Adán y Eva, y los días en resucitar Jesús, 33 la edad con que murió, la Santísima Trinidad, las tres Marías que ungieron el cuerpo de Jesús, etc.).

<sup>27</sup> Aquí aparece un dato no aportado por otros investigadores, y es el nacer a las 12 del día. Según A. Lorenzo (art. cit.) el doce tiene un carácter sagrado y divino desde la más remota antigüedad (Babilonia), tanto en el mundo cristiano (los doce Apóstoles o las doce tribus de Israel) como en el pagano (los signos de zodiaco o los doce meses). N. del A.: mi abuelo materno, natural de Perú, dicen que también lloró antes de nacer. No he podido averiguar el número de veces que lo hizo, ni si su madre guardó el secreto, pero el caso es que al parecer algo de gracia debió de tener porque según sus hijas, al imponerles las manos sobre sus abdomenes, les aliviaba los dolores menstruales.

<sup>28</sup> Jesús Callejo y José Antonio Iniesta, *op. cit.*, págs. 50-57. Se ha demostrado que los fetos, ante ciertos estímulos como los ultrasonidos, pueden realizar movimientos con el pecho que se podrían asimilar a un llanto. N. del A.: mi abuela materna cuenta que estando embarazada de su primera hija, un día lavando la ropa, le pareció escuchar un gatico maullando. Dice que pasaba por allí su suegro y le preguntó si él había visto al gatico, y el suegro le recriminó que esas cosas no se comentaban, ya que entendió que por allí no había ningún animal y que el supuesto maullido era el llanto de la que sería su futura nieta. Este hecho debía mantenerse en secreto y no decirlo a nadie hasta después del nacimiento (incluso varios años después –hasta siete–), de lo contrario se corría el riesgo de que el niño muriera, le pasara algo malo, o de que al menos no tuviera plenitud de facultades en su futuro don. Carlos Ferrándiz Araujo, *Medicina popular en Cartagena*, Cartagena, 1974, pág. 80: apunta igualmente la costumbre de las madres de no revelar tal suceso hasta pasados los siete años de vida del niño para evitar verse «privadas de su hijos». Sorprendentemente su cita también se refiere a Perú.

3. Ser el mayor de dos hermanos gemelos<sup>29</sup>.

4. Nacer en Nochebuena, día de la Encarnación, día de la Ascensión, día de la Cruz, día del Corpus, de San Juan, San Pedro,<sup>30</sup> de Santa Catalina o en Jueves o Viernes Santo.<sup>31</sup>

5. Los que tuvieran como marcas de nacimiento<sup>32</sup> una cruz simple (señal por excelencia del cristianismo) o una cruz de Caravaca, una rueda (señal de Sta. Catalina de Alejandría) o una hoja de palma (señal de Sta. Quiteria) en el cielo del paladar, en la lengua o bajo la lengua. También en otras localizaciones como manos o cuerpo, y otras marcas como fue el caso de Fray Andrés de la Rosa que tenía una mancha en forma de rosa en la cara.<sup>33</sup> Sobre esto decía nuestro entrevistado: «*ni yo ni mi abuelo que en gloria esté, tenía ná*».

6. Los nacidos enzurrados<sup>34</sup> (envueltos en la bolsa amniótica o también llamada bolsa de las aguas) y los nacidos de pie,<sup>35</sup> es decir, los nacidos de un parto en presentación podálica, o lo que comúnmente se conoce como parto de nalgas.

Según sendos estudios sobre la antropología del embarazo y parto realizados por matronas en la zona de Elche y en la Comarca del Mar Menor en los años 97 y 2003 respectivamente, los signos de gracia en el recién nacido eran conocidos por 3 de cada 10 mujeres, siendo la población de estudio mujeres con una media de

---

<sup>29</sup> Alejandro Peris Barrio, art. cit., pág. 75. Refiriéndome una vez más al artículo nombrado de A. Lorenzo Vélez, decir que el dos (los gemelos) aporta un sentido dualista de la existencia (malobueno, luz-tinieblas, divino-humano...), mientras que al uno (el mayor o primer hermano nacido) se le considera como el origen y fin, el principio, es decir, Dios en resumen.

<sup>30</sup> J. García Abellán, art. cit., pág.15.

<sup>31</sup> Carlos Ferrándiz Araujo, *op. cit.*, pág. 44. Señala que no sólo deben nacer en Viernes Santo, sino además a las tres de la tarde (día y hora en la que murió Jesús), quedando patente una vez más la magia que rodea el guarismo tres. Ferrándiz también apunta a los bautizados en Sábado Santo tras el Cirio Pascual como poseedores de tal virtud. Todas estas fechas tienen una gran relevancia dentro del calendario religioso cristiano, y algunas de ellas, como los solsticios de verano e invierno, también en el pagano. Cfr. María Tausiet, *Abracadabra Omnipotens: Magia Urbana en Zaragoza en la Edad Moderna*, Saludadores y conocedores de brujas, Ed. Siglo XXI, 2007. Esta autora indica que el hecho de nacer en estos días sagrados, representaba la definitiva cristianización de una figura que tenía mucho más que ver con los magos de la tradición pagana que con el perfil tradicionalmente asociado a los santos.

<sup>32</sup> Jesús Callejo y José Antonio Iniesta, *op. cit.*, pág. 35.

<sup>33</sup> Fabián Alejandro Campagne, art. cit., págs. 320-333.

<sup>34</sup> José Sánchez Conesa, *Ritos, leyendas y tradiciones del Campo de Cartagena*, Ed. Corbalán, Cartagena, 2010, pág. 28.

<sup>35</sup> Pascuala Morote Magán, *La medicina popular de Jumilla*, Real Academia de Medicina y Cirugía de Murcia, Murcia, 1999, págs. 62-63. N. del A.: Su presentación es escasa (2-3%) y las probabilidades de requerir una cesárea son altas, por lo que antaño debió de verse como un hecho extraordinario que conllevaba que ese niño habría nacido con gracia.

edad de entorno a los 70 años.<sup>36</sup> Queda patente aquí lo extendido de esta creencia hasta hace pocos años.

Como hemos podido leer, eran tantas las premisas que implicaban nacer con gracia, que todo esto se debió de convertir en un coladero al que muchos se pudieron acoger para intentar pertenecer a este grupo de elegidos. Otros individuos, como señalaré más adelante a modo de recorrido histórico, optaron por falsificar licencias de las que expedían las autoridades para ejercer dicho oficio o suplantar las identidades de otros saludadores.

La figura del saludador es un fenómeno típicamente ibérico (España y Portugal), aunque por la época en la que apareció hizo que también se extendiera por el nuevo continente, de tal forma que hay constancia de saludadores, entre otros lugares, en el antiguo Virreinato de la Plata (actual Argentina, Uruguay, Paraguay, Bolivia y partes de Brasil, Perú y Chile) o en el Arzobispado de México, donde el Cardenal Francisco de Lorenzana en el IV Concilio Mexicano (año 1771) recogía lo siguiente: «unos embusteros que se llaman saludadores [...] diciendo que curan enfermedades con ciertas palabras, bendiciones u otras oraciones».<sup>37</sup> Tuvo su equivalencia en Italia personificados en la figura de los “*sanpaolari* o *serpari*”. A nivel europeo, serían lo más parecido a los llamados *cunning-man* o *wise-man*, que eran un tipo de sanadores con cualidades de visionarios, adivinos, herbolarios y contrabrujos.<sup>38</sup> Antonio de Torquemada cita a dos autores clásicos, Plinio y Varrón. Según estos, en la región de Helesponto (antigua Grecia y actual Turquía) existían los llamados *ofrógenes* que curaban las mordeduras de serpiente, tocando la herida o mediante la aplicación de saliva.<sup>39</sup>

Tuvieron una buena consideración social entre el pueblo llano, pero no siempre o no tanto, entre las autoridades civiles y eclesiásticas, las cuales fueron las encargadas de evaluar sus virtudes y facilitarles licencia para ejercer su insólito oficio.<sup>40</sup> Como ya indiqué, las autoridades eclesiásticas (Obispos y Tribunal de la Inquisición), sólo discernían si los poderes de los saludadores precedían de pacto con el diablo o no, mientras que las autoridades civiles (los concejos con sus regidores) intentaban desenmascarar a los impostores.<sup>41</sup> Esto lo hacían realizándoles diversas

---

<sup>36</sup> Salazar Aguilló *et al.*, *Antropología del Embarazo, Parto y Puerperio en la Ciudad de Elche*, Rev. Cultura de los cuidados, 1997, pág. 51. Marta Beltrán Bañón *et al.*, *Antropología del Embarazo, Parto y Puerperio en la Comarca del Mar Menor*, Rev. Educare, 2004, pág. 10.

<sup>37</sup> J. C. Vizuete Mendoza, *Religiosidad popular y modelos de identidad en España y América*, Ed. Univ. de Castilla la Mancha, 2000, pág. 208.

<sup>38</sup> Fabián Alejandro Campagne, art. cit., págs. 323-331.

<sup>39</sup> Antonio de Torquemada, *op. cit.*, pág. 740.

<sup>40</sup> Pedro Poza Tejedor, *Los Saludadores y su Actividad en España*, Revista Información Veterinaria, núm. sept., 2012, pág. 24.

<sup>41</sup> Antonio Peñafiel Ramón, *Cara y Cruz de la Medicina Murciana del Setecientos: Pervivencia del Saludador*, Murgetana, núm. 71, Murcia, 1987, págs. 77-81.

pruebas donde ponían a prueba su ya nombrada y asombrosa resistencia al fuego y al calor. Estaban presentes en todos los núcleos de población medianamente grandes, llegando a ser tan numerosos como en el caso documentado de la villa de Madrid, donde a finales del siglo XIX había hasta trescientos saludadores en activo.<sup>42</sup> A veces eran llamados puntualmente, pero en otras ocasiones percibían una retribución anual por parte de Concejos o Ayuntamientos. En la información recabada a mediados del siglo XVIII en el llamado Catastro de Ensenada, figuran los saludadores que había en cada localidad y su salario, teniendo estos la consideración de un oficio más a la par de cirujanos, médicos o boticarios.<sup>43</sup> Un ejemplo que constata dicho hecho es la información que reproduce un diario local haciéndose eco de un curioso anuncio que circulaba por Barcelona: «Ha llegado a esta capital un saludador de primera clase para saludar a toda clase de personas, ganados, fieras y animales de todas clases [...]; las personas que tengan enfermedades crónicas desahuciadas, ya que los señores médicos no las visiten, pasen por esta su casa, y con la saliva y paladar de este señor, serán curadas».<sup>44</sup>

### SEMBLANZA DE LOS SALUDADORES LOCALES

Tantas son las fechas y datos históricos existentes por toda la geografía nacional sobre personas concretas que decían ser saludadores, que me voy a centrar en aquellas que acontecieron en nuestra zona geográfica (la actual región de Murcia) a modo de breve semblanza por orden cronológico. Así, según el profesor Torres Fontes, hay constancia en Murcia de la existencia de dicho oficio desde la época de los Reyes Católicos. Apuntaba que en el año 1454, la ciudad de Murcia envió a un jurado a la de Cartagena para contratar a una mujer de Almagro que era saludadora y que estaba allí para conjurar la langosta, o que en 1480 el concejo de Murcia contrató los servicios de un saludador para acabar con las manadas de lobos que rondaban los campos murcianos, resultando a la postre ineficaz su trabajo y obligándole a que devolviera los 1500 maravedíes cobrados y a que se marchara del lugar.<sup>45</sup> Otras

<sup>42</sup> Antxon Aguirre Sorondo, *Los Saludadores*, Cuadernos de Etnología y Etnografía de Navarra, núm. 56, 1990, pág. 308.

<sup>43</sup> Pedro Poza Tejedor, art. cit., pág. 25. En la tesis doctoral de J. A. Prieto Prieto, (*El Concejo de Palomares del Campo en el tránsito del siglo XVI al XVII*, UMU, 2008, págs. 310-311) podemos leer que «había concejos, sobre todo en las ciudades, que tenían contratados los servicios de un saludador por todo un año [...] oficio característico y aceptado por todos [...] gozó del beneplácito de la sociedad».

<sup>44</sup> *El Eco de Cartagena*, 25 de octubre de 1883, pág. 3.

<sup>45</sup> Manuela Caballero González, *Canis lupus deitanus*, Boletín Informativo del Centro de Estudios Históricos Fray Pasqual Salmerón, año IV, núm. 13, 2006, pág. 6.



fechas del mismo siglo XV los sitúan en 1456 en la ciudad de Nájera (La Rioja) o en 1495 en la villa de Madrid.<sup>46</sup>

Durante los siglos XVI, XVII y XVIII tuvieron una gran difusión, existiendo abundantes datos de su existencia tanto en la literatura<sup>47</sup> de esas épocas como en actas y documentos de tribunales o concejos. Así, hay constancia de que en el 1580 el Concejo de Cartagena hizo traer un saludador de Elche para que examinase una plaga de gusano que afectaba a las viñas.<sup>48</sup> En 1594 también hay datos de que el ayuntamiento de Cartagena contrató un saludador, un fraile llamado padre Castellanos, para el control de plagas de langosta y gusano, así como de lobos.<sup>49</sup> En la segunda mitad del siglo XVI hay constancia de un afamado franciscano, Fray Andrés de la Rosa, que residiendo en un convento de Yecla llegó a tener tal fama que recibía hasta doscientas personas al día.<sup>50</sup> A comienzos del siglo XVII ocurre un curioso caso de suplantación de identidad, de tal manera que un tal Francisco Casabona, a instancias de un tal soldado Morales se cambia el nombre y pasa a llamarse Sebastián Ferrer. Al tal Morales le pareció que Casabona tenía gracia de saludador porque en cierta ocasión lo vio meterse en un horno caliente y curar a una mujer con un grave mal. Por ello le da una licencia de los Inquisidores de Aragón, a nombre de Sebastián Ferrer, le dice que cambie su nombre y que así podrá comer en cualquier lugar al que llegue saludando, y así lo hace, recorriendo gran parte de la península (incluida Cartagena, donde llega para embarcar y se queda) e incluso Francia, Italia y Sicilia.<sup>51</sup>

A un tal Fulgencio Sevilla, en el año 1680, el Regidor le otorga el título de Saludador Oficial de Murcia.<sup>52</sup> El mismo Fulgencio Sevilla vuelve a aparecer en un acta del cabildo de Murcia fechada en 1696, donde se apunta que se le concede licencia para que pueda saludar.<sup>53</sup> El intrusismo profesional no sólo es cosa de nuestros días, habiendo constancia de que el susodicho Fulgencio Sevilla lo padeció de manos de un tal Miguel del Olmo. Así, en 1703 en virtud de la licencia que posee para saludar, se queja formalmente del tal Miguel. El Ayuntamiento de Murcia, atendiendo

---

<sup>46</sup> Pedro Poza Tejedor, art. cit., pág. 24.

<sup>47</sup> En los diferentes estudios o tratados de teología ya nombrados (de Covarrubias, Feijoo, etc.), así como en la pluma de escritores como Cervantes (*La Gitanilla* y *El Quijote*), Quevedo (*Sueños y Discursos*), Torquemada (*op. cit.*), Alfonso de Miranda (*Diálogo del perfecto médico*) o en el mismísimo *Lazarillo de Tormes*.

<sup>48</sup> Vicente Montojo Montojo, *Cartagena a principios de la Edad Moderna (1500-1580)*, Tesis Doctoral, UMU, 1991, pág. 147.

<sup>49</sup> Juan Torres Fontes. Cit. M<sup>o</sup> C. Zamora Zamora, *El tratamiento de las plagas en el campo de Cartagena*, Rev. Murciana de Antropología, núm. 10, 2004, pág. 132.

<sup>50</sup> Fabián Alejandro Campagne, art. cit., pág. 332.

<sup>51</sup> *Ibíd.* pág. 327.

<sup>52</sup> Manuela Caballero González, art. cit., pág. 6.

<sup>53</sup> J. F. Jordán Montés y A. González Blanco, *Eutanasia infantil en el mundo rural de la España preindustrial*, Revista Murciana de Antropología, núm. 10, UMU, 2004, pág. 246.

la petición, le pide a del Olmo cuantos documentos tuviese que acrediten su oficio. Como no los puede aportar, se le realiza (supuestamente) un examen en presencia de un Regidor y un escribano. Nueve años más tarde, vuelve Sevilla a interponer queja por la intromisión de del Olmo. Él alega unos derechos por haber superado el examen, pero resulta que dicha licencia no consta en la Actas Capitulares y que el Regidor que supuestamente lo examinó ya había fallecido, por lo que se le vuelve a requerir superar un examen en el que debió pasar los pies por una barra de hierro al rojo. El posterior reconocimiento por parte de un cirujano, constató la presencia de úlceras por las quemaduras, por lo que no superó la prueba.<sup>54</sup>

Tras la muerte de Sevilla, un tal Manuel Ferrando, en 1745 suplica nombramiento como saludador y supera el examen sin problemas tras pasarse cuatro veces un hierro y un leño hecho ascua por la lengua y otras cuatro por la planta del pie.<sup>55</sup> Antonio Catalán, en el 1730 solicitó al Concejo de la ciudad de Murcia licencia para saludar del mal de rabia en atención a la gracia que Dios le había dado.<sup>56</sup> En 1758 se le concede licencia para «saludar del accidente de rabia» a un tal Juan Manuel Arroyo por parte de los regidores de Murcia. Contemporáneo de Arroyo fue el religioso murciano Fray Manuel Jerónimo Esquivel, quien renunció a sus hábitos para desarrollar su actividad como saludador en la zona de Vélez Blanco.<sup>57</sup> En las primeras décadas del 1700 existe constancia de una tal María Manuela, que ejerció de saludadora en Murcia. Curaba las cefaleas imponiendo sus manos, soplando y aplicando saliva en la frente del enfermo, así como usando ciertos ensalmos.<sup>58</sup>

El Dr. Ferrándiz cita a un saludador cartagenero de este pasado siglo XX, y lo nombra textualmente como el «afamado anciano de la diputación Santa Ana, que prevenía la rabia chupando intensamente las heridas».<sup>59</sup> Los investigadores Sánchez Ferra y Rabal Saura apuntan el caso de un saludador de La Aljorra, igualmente ya fallecido, que según indican practicaba la eutanasia a aquellos enfermos de rabia que no tenían solución.<sup>60</sup> En la entrevista realizada a nuestro «último saludador» también nos comentó un caso similar en el que participó su abuelo:

El tío Pencho el Saludaor, le llamaban (refiriéndose a su abuelo), de Pozo Estrecho. Eso fue un monstruo en aquellos tiempos, cuando había rabia de los perros y esas cosas... además mató a un hombre que estaba rabiando y no podían hacer nada con él y lo mató él. Lo mató con un vaso de agua y un escupinajo...creo

<sup>54</sup> Antonio Peñafiel Ramón, art. cit., pág. 79-80.

<sup>55</sup> *Ibíd.* pág. 80.

<sup>56</sup> Pedro Poza Tejedor, art. cit., pág. 25.

<sup>57</sup> J. F. Jordán Montés y A. González Blanco, art. cit., pág. 247.

<sup>58</sup> Ismael Galiana, *Insólita Murcia*, EDITUM, 1996, pág. 136.

<sup>59</sup> Carlos Ferrándiz Araujo, *La medicina popular en Cartagena*, Rev. Murciana de Antropología, núm. 10, 2004, pág. 207.

<sup>60</sup> J. F. Jordán Montés y A. González Blanco, art. cit., pág. 244.

que lo mató...lo dejó instantáneamente muerto. Era muy famoso (el abuelo). La familia lo tenía encerrao (al hombre que padecía la rabia) porque se los comía, lo tenían encerrao a cal y canto en una habitación...él vio que no tenía solución y lo mató. Él tampoco podía arrimarse y por la ventana le tiró el agua con dos o tres escupinajos en los morros y lo dejó en el acto muerto.

Mismas situaciones han sido documentadas en otras zonas de la geografía regional como en Lorca, Calasparra y Librilla. Estas informaciones ponen de manifiesto una macabra situación de eutanasia u homicidio por piedad, donde los saludadores, reclamados por las familias, aliviarían el sufrimiento de ciertas personas con graves enfermedades como la rabia, pero también otras, e incluso en el caso de niños nacidos malformados. Estas patologías, que en épocas pasadas eran mortales, también podían conllevar una larga agonía para el enfermo, podían tener un componente vergonzante para la familia, ser un riesgo de contagio para los demás o incluso verse como posesiones diabólicas, por lo que en una sociedad inculta y sin medios sanitarios y de protección social, la figura del saludador como sanador/eutanasiador debió tener un relevante papel hasta hace incluso menos de cien años. Existen datos sobre el ritual de curación/eutanasia practicado, donde el saludador, además de aplicar saliva directamente sobre la herida o cuerpo del afectado, escupía sobre el fuego (para valorar su estado de gracia) o dentro de un vaso con agua para pasarle las propiedades benéficas de su saliva al líquido. También señalan el uso de ciertas oraciones (Padre Nuestro y Salve) o ensalmos durante los rituales.<sup>61</sup> Como ya he apuntado, el hecho de escupir en un vaso de agua también era señalado por nuestro informante.

El periódico cartagenero *El Noticiero* narra de forma muy crítica y despectiva, un suceso acaecido en las primeras décadas del siglo XX relacionado con un saludador de Cartagena. Según cuenta, sucedió en un pueblo de la comarca de Cartagena cercano a un apeadero del ferrocarril (no sería descabellado pensar en Pozo Estrecho y en el abuelo de nuestro entrevistado). Allí llegó, procedente de Lorca, un señor al que unos días antes había mordido un perro y venía buscando a un saludador del que decían que era «muy santo y con mucha gracia». Al parecer, en Lorca había dos o tres saludadores, pero a éste lo abalaba una gran reputación. El saludador, primero le ungió la herida con saliva y después escupió en un vaso de agua del que bebió el enfermo. Para continuar el «tratamiento» en casa, le saludó un pan y una garrafa de agua, escupiendo en la molla del pan que previamente había cortado en forma de cruz, así como en el agua.<sup>62</sup>

<sup>61</sup> *Ibíd.* págs. 242-243.

<sup>62</sup> *El Noticiero de Cartagena*, «*El “saludador”, hombre gracioso*», 7 de abril de 1954, pág. 3. N. del A.: mi abuela materna cuenta que siendo ella joven (años 40) padeció unas fiebres muy altas durante meses y la llevaron a un saludador. No puede recordar con seguridad dónde fue, pero apunta como posibilidad el caserío de Pozo de los Palos. Dice que le dio a beber un vaso de agua donde el saludador había escupido. A. Peris Barrio (art. cit., pág. 76) también señala el hecho de dar pan mojado en saliva o de escupir en los alimentos que el enfermo iba a tomar.

Hago notar aquí que también existió un cierto peregrinar buscando a nuestro saludador, viniendo gentes de lugares bastante alejados de Cartagena. Lo contaba de este modo:

Un hombre que era taxista en Sangonera, él sabrá los viajecicos que dio. Había mucha gente que vino de allí, lo avisaban a él, y él les decía el sitio, y venían aquí y se tiraban todo el día esperándome a que yo volviera de trabajar. Venían todas las semanas dos o tres personas a buscarme...venían de Sangonera, se corrió la voz y venían de Murcia, de Lorca... Venían para las mordidas de la rabia cuando ya se veían muy tiznaos. Habían pasado días o meses y la herida no curaba.

### MEDICINA Y ETNOMEDICINA

La rabia (también llamada hidrofobia), infección de origen vírico que era conocida desde la antigüedad, pero de la que se ignoraba su etiología, patogénesis y tratamiento hasta finales del siglo XIX, provocó en el imaginario popular la aparición de una gran cantidad de mitos, rituales y leyendas, entre ellas la figura del saludador. Entre los rituales más rocambolescos para curar o precaver de la rabia a personas y animales estaba la costumbre en algunos lugares de marcarlos con un hierro al rojo, aplicar pelos del perro agresor sobre la herida, recitar ensalmos, usar ciertas piedras a modo de litoterapia, infusiones de determinadas plantas,<sup>63</sup> así como el uso de alimentos como el ajo, el pan, la sal, el aceite o el vino.<sup>64</sup> Éste también fue el caso de nuestro saludador, que además de usar su saliva para curar, también se ayudaba de vinagre y sal a modo de desinfectantes: «le decía, pos esto para que te vaya ayudando a curar, coge un poquico de vinagre, una chispica de sal y un algodónico y dos veces tó los días te lo lavas. Esto lo hacían en la casa. Esto me lo saque yo de la cabeza, no me lo dijo nadie. Eso, como tú bien sabes, tiene que ayudar a curar, eso desinfecta».

Obviamente también se estilaba mucho el recitar determinadas oraciones o encomendarse a ciertos santos, como las ya nombradas Sta. Catalina y Sta. Quitéria, pero también otros como San Eleuterio o San Jorge, e incluso en nuestra zona geográfica al compatrono de Cartagena: San Ginés de la Jara.<sup>65</sup>

<sup>63</sup> Victor Lis Quibén, *op. cit.*, págs. 283-285.

<sup>64</sup> Antxon Aguirre Sorondo, art. cit., págs. 309-313. N. del A.: el uso de vino como elemento curativo nos recuerda una vez más a la *imitatio Christi* propia de los saludadores y citada con anterioridad. Así en la parábola del buen samaritano (Lc 10,34) leemos que ungió las heridas con vino.

<sup>65</sup> Carlos Ferrándiz Araujo, *op. cit.*, pág. 49. Apunta la existencia de una pintura sobre tabla con función de exvoto, donde se representa a un niño atacado por un perro rabioso y a San Ginés intercediendo por él.

Tan extendidas estaban estas creencias en la sociedad, que hasta personas con cultura médica recurrían a ellas.<sup>66</sup> Contaba nuestro entrevistado varias situaciones vividas tanto por él, como por su abuelo, donde algunos médicos recurrieron a ellos:

[...] se puso a limpiar la conejera, metió la mano y le mordió la coneja. Estuvo mucho tiempo de médicos, hasta que el médico le dijo que viera a un curandero, que hay personas que se dedican a eso, a ver si él pudiera hacer algo sobre esto. Me llamaron y creo que yo fui el que lo curó [...] como iba muy mal, el zagal arañó al médico. Mi abuelo curó al zagal, pero no sé cómo lo hizo, pero lo curó. El médico empezó a empeorar y le pegó la rabia y la gente le decía: «el zagal que tú tratabas por nervios lo ha curado el tío Pencho». Lo llamaron y curó al médico.

Los datos epidemiológicos de la rabia en España durante el pasado siglo son pasmosos, contabilizándose por ejemplo casi siete mil en la década de los 40. En nuestra zona geográfica se declararon, en diversas ocasiones, epidemias de rabia, como en el año 1931 en el municipio de Cartagena, en el 32 en la provincia de Murcia, en el 34 en el municipio de Murcia y en Las Torres de Cotillas y en el 35 en Cieza. A primeros de junio del 1922, en la Torre de Nicolás Pérez (paraje de la pedanía cartagenera de Perín), un perro rabioso mordió a dos hijos del propietario y a numerosos perros, hasta que fue muerto por el vecino Pedro Martínez Torres. Posteriormente, el Ayuntamiento ordenó matar a todos los perros de la zona, lo cual se hizo sobre más de treinta animales por medio de tiros, estacazos y estricnina.<sup>67</sup> En el año 47 ocurrió el que posiblemente haya sido uno de los últimos casos con resultado de muerte ocurridos en nuestra provincia: una mujer de Santomera falleció tras ser mordida por un perro rabioso un mes antes y no haber acudido al médico<sup>68</sup>. Referente a la nombrada epidemia del año 31 en Cartagena, señalar que el entonces Alcalde D. F<sup>o</sup> Pérez-Lurbe Sánchez, emitió un edicto con fecha de 25 de abril de 1931, donde se exponían diferentes medidas para intentar atajar dicha epidemia. Entre ellas se incluía prohibir la circulación de perros no provistos de bozal y medalla identificativa, así como sacrificar a los que presentaran síntomas de rabia y a los que hubieran sido mordidos por estos.<sup>69</sup> En noviembre de ese mismo año, un vecino del barrio de los Barreros ingresó en el Hospital de Caridad tras ser mordido por un

---

<sup>66</sup> Gaceta Médico-Veterinaria, núm. 324, 14 de febrero de 1885. Informaba del caso de un veterinario al que se le recriminaba que, tras ser mordido por un perro hidrofóbico, comió pan mojado en aceite de la lámpara de San Pedro y se untó la herida con ese aceite. También se dice que posteriormente, siguiendo las indicaciones de un facultativo, se le cauterizó la mordedura.

<sup>67</sup> El Porvenir, núm. 7.133, *¿Estamos en África?*, 6 de junio de 1922, pág. 3. N. del A.: mi abuela, que es originaria de esa zona, cuenta el caso de un perro (desconozco si sería el mismo de la citada noticia u otro) que, rabiando como iba, mordió a alguna persona y a una cabra, hasta que lo consiguieron atar a un almendro y matarlo de un disparo; se cuenta que desde entonces el almendro echaba las almendras con una muesca en su cáscara, consecuencia de las dentelladas que el perro propinó al árbol (nótese hasta dónde llegaba el imaginario popular).

<sup>68</sup> El Noticiero de Cartagena, núm. 2.900, «*Muere una mujer, atacada de rabia*», 31 de enero de 1947, pág. 3.

<sup>69</sup> Cartagena Nueva, núm. 2.084, 1 de mayo de 1931, pág. 2.

perro rabioso que, a la par, fue sacrificado por el inspector veterinario de Cartagena D. Ramón Mercader Zapata.<sup>70</sup> Desde el año 1966 se considera erradicada la rabia en España; no obstante, en 1975 se desató un brote en Málaga que conllevó más de 280 casos de rabia en animales y las dos últimas víctimas mortales humanas hasta la fecha en España. Los últimos casos de rabia acaecidos en Murcia ocurrieron en los años 1999 y 2002 en Llano de Brujas y Archena respectivamente, y ambos fueron provocados por murciélagos enfermos.<sup>71</sup>

Como ya he indicado, la rabia es una enfermedad infecciosa, producida por un virus que se trasmite por la saliva a través de mordeduras y que provoca una encefalomiелitis aguda de evolución mortal. Los síntomas incluyen excitación, agresividad, inquietud, fotofobia, dificultad para tragar, salivación, temblores, alteración motora, postración y, salvo en casos anecdóticos, muerte en el 100 por 100 de los casos. En los animales se opta por el sacrificio, pero en personas, para evitar el inexorable final, se recomienda que con urgencia se limpie y desinfecte la herida, y se realice la correspondiente inmunoprofilaxis.

Los primeros datos que se tienen de ella son de China (782-500 a.C.), donde se sacrificaban los perros rabiosos y se cauterizaban las heridas; y en la antigua Grecia con Aristóteles (384-322 a.C.) y Celsus (siglo I a.C.), donde ya se apuntaba que el medio de contagio era la saliva. Hasta el 1880 se creía en la posibilidad del desarrollo espontáneo de la rabia, y se creía que podían provocarla alimentos demasiado calientes, la privación de agua para beber, la falta de satisfacer el instinto sexual y las excitaciones nerviosas intensas.<sup>72</sup> Se creía que si un perro ingería el pelo, las uñas o los dientes de una persona, se corría el riesgo de contraer la rabia a través del animal.<sup>73</sup> En el siglo XVII, el ya citado Gaspar Navarro lo apuntaba de la siguiente manera:

El mal de la rabia que es una infección o ponzoña que es causa de la mordedura del perro rabioso, que tiene la saliva ponzoñosa, y luego que ella llega a la sangre, la infecta y llega luego la ponzoña al corazón [...]; esta ponzoña de los perros es caliente, colérica y causase en ellos de mucha sed: porque el perro es animal colérico de su naturaleza y con demasiada sed enciéndele la cólera en demasiado calor y sequedad casi en tanto grado como la de la víbora; y es porque los perros que andan con los ganados por montes y desiertos no hayan siempre agua para beber, y en los días de mucho calor se encienden, y rabian por la mucha sed, y

<sup>70</sup> La Tierra, núm. 9.058, 11 de abril de 1931, pág. 3.

<sup>71</sup> Juan Echevarría Mayo, *Rabia en España: razones para no bajar la guardia*, Rev. Profesión Veterinaria, Ed. COLVEMA, Vol. 15, núm. 60, Madrid, 2004, pág. 13.

<sup>72</sup> M<sup>a</sup> J. Cubero Pablo y Luís León Vizcaíno, *Enfermedades infecciosas de los animales*, Universidad de Murcia, 1998, págs. 42-48.

<sup>73</sup> Carmelo Marín Martínez *et al.*, «De memoria: tradición oral en Lorquí», 2002, pág. 126.

si con aquel encendimiento muerden a los pastores, o ganados les infectan, y les hacen rabiar.<sup>74</sup>

Esta creencia, por lo que apuntaba el ya nombrado inspector veterinario Sr. Mercader, se mantuvo hasta bien entrado el pasado siglo XX; afirmaba que mucha gente pensaba (de manera equivocada) que con el rigor del verano, los perros, al no tener glándulas sudoríparas, la carencia de agua y el calor asfixiante, podía hacer en ellos que se desarrollara la rabia.<sup>75</sup> En el año 1772, un médico de Vascongadas llamado Marcial Antonio Bernal de Ferrer disertaba sobre el mal de rabia y decía lo siguiente como método preventivo (tras la mordedura y antes del desarrollo de la enfermedad): «sin pérdida de tiempo [...] cortar las partes mordidas si fuese posible, y sino sajar [...] y aplicar ventosas para la succión del veneno, mantener fresca la herida por largo tiempo, renovándola si se cerrase, con agua salada, vinagre [...] mercurio crudo, trementina y manteca.» Como método a usar cuando ya se manifiesta el mal, indicaba la dieta y laxitud de vientre, polvos de palmario, uso de almizcle con cinabrio y fricciones mercuriales.<sup>76</sup> Gaspar Navarro también consideraba la posibilidad de la curación de la rabia y decía: «Para esta enfermedad pues viene por causa natural es cierto puede tener remedio por curso natural de medicinas».<sup>77</sup> El padre Feijoo nombra (aunque no la comparte) en su ya citada obra, una teoría médica que indicaría que el agua fría es el remedio de la hidrofobia.

Desde la cultura médica actual cabe pensar que el saludador nada aporta al enfermo y que todo se reduce a una mezcla de superstición, religiosidad y autosugestión. Pero también hay un sustrato de conocimiento empírico, obviamente limitado a la benignidad de las lesiones.<sup>78</sup> Diferentes autores (entre los que me incluyo) como Aguirre Sorondo o Peris Barrio, concluyen que aún habiendo muchos embaucadores entre los que decían ser saludadores, casi seis siglos de actividad y la gran aceptación que tuvieron entre el pueblo llano es indicativo de que algo beneficioso aportaban, ya fuera por gracia divina o por la mezcla entre autosugestión, benignidad de la enfermedad o uso de desinfectantes. Dejando a un lado las explicaciones sobrenaturales, si tenemos en cuenta que no todas las heridas por mordedura eran de perros con el virus rábico, y si a esto le unimos unas mínimas medidas de higiene y desinfección, así como una autoconvicción de que el saludador al que recurre te va a sanar, podemos concluir que muchas (o al menos algunas) personas seguro que se curaban.

La palabra «rabia» tiene varias acepciones, así según el D.R.A.E., puede hacer referencia a la ya nombrada mortal enfermedad vírica transmitida por la saliva, pero también a la ira, enfado, enojo o cólera. Estas dos acepciones eran confundidas por

<sup>74</sup> Gaspar Navarro, *op. cit.*, págs. 89-90.

<sup>75</sup> La Tierra, núm. 10.065, *La rabia y sus peligros*, 14 de julio de 1934, pág. 4.

<sup>76</sup> Antxon Aguirre Sorondo, art. cit., pág. 317. N. del A.: Nótese el uso de sal y vinagre al igual que indicó nuestro entrevistado.

<sup>77</sup> Gaspar Navarro, *op. cit.*, pág. 90.

<sup>78</sup> Antxon Aguirre Sorondo, art. cit., pág. 317.

nuestro entrevistado, de tal forma que pensaba que cuando un perro atacaba y mordeía, transmitía esa maldad (esa rabia) a la persona y de ese modo le ocasionaba la enfermedad. Una enfermedad que, básicamente consistía, según él, en heridas por mordeduras que no terminaban nunca de curar. Así lo contaba:

Puede ser de un perro que está durmiendo y lo han pisao... entonces, podemos aplicarle a eso... es como si tú y yo tenemos mucha amistad, tú estás aquí platicando y llega un amigo tuyo muy amigo y se pone a darte así por detrás, pero se le va la mano y te da un guantazo que te hace daño: ¡pues mira a ver tú la leche con la que te vuelves para atrás! Te ha hecho daño del guantazo, no lo esperabas, te vuelves con una mala ostia que... esa es la rabia que un perro puede manifestar en caso de estar durmiendo y echarle un pie encima, se te tira a comerte. Esa es la rabia que ese animal puede manifestar. El perro está muy bueno, muy sano, no le pasa ná, pero amigo, te ha mordió con.... porque la esa de la rabia la llevan dentro y te quiere comer. Luego a lo mejor hay un perro callejero que te pones a echarlo de mala manera, te muerde el animal porque lo has estado violentando para echarlo e incluso pegándole y no te pasa ná, porque el animal está de frente y se ha intentado defender de aquella cosa que tú le has intentado hacer y ya está. [...] Los perros ahora están cuidaos y ya no... pero no quiere decir ná, porque yo he visto mordeduras de perros muy cuidaos que llevaban una cierta cantidad de maldad, la herida no cura, la herida se tira 8, 9 ,10 meses que no se sabe eso cuándo llegará a curar, cuándo el organismo se desliará de eso, si es que no le pasa ná, no curan. Se pone la herida muy roja, no se pone como infectá, pero no se cura.

Las heridas por mordeduras que no provienen de animales portadores del virus rábico, son heridas en las que se pueden encontrar diferentes tipos de gérmenes patógenos, fundamentalmente *Pasterella* sp. y *Staphylococcus aureus*. El tratamiento médico recomendado incluye limpieza y desinfección, profilaxis antitetánica y en muchas ocasiones antibioterapia. Un manejo inadecuado puede ocasionar la aparición de abscesos, úlceras con tejido necrótico y lesiones con cavernas y trayectos. El tratamiento de éstas implica retirar el tejido necrosado, limpiar y tratar la infección.<sup>79</sup> Esto era precisamente lo que pretendía nuestro saludador con el uso del vinagre, y lo narraba del siguiente modo contando uno de los casos que trató:

[...] vino de La Palma, una mujer, una gitana. Le mordió una perrica pequeña en la pantorrilla a la gitana. Aquella gitana llevaba aquello ya, luego a luego dos años sin curarse, llevaba un pedaso de herida que no se curaba. Hay heridas que se vuelven a reproducir. Se queda la piel como disecá, como una zamarra y al X tiempo esa herida ha reventao. A esa mujer la curé 10 o 12 veces, y de la noche a la mañana empezó aquello a mejorar, a mejorar y la mujer se curó. Aquello se evaporaba como si fuera la gasolina con el viento. Estaba muy cargá, y prueba de ello era que había estado en el médico varias veces, le había mandao de tó y aquello llevaba año pico sin curar. En mes y medio, dos meses no llegó, aquello

<sup>79</sup> F. Álvez González, Protocolos de infectología, *Infecciones por mordeduras y heridas punzantes*, editorial ERGON, 2011, págs. 179-187.



empezó a curar y a curar y se terminó. Era de las más grandes que yo he visto, se queda la piel como disecá, seca, seca, la tocas y parece cuando matas un animal y le sacas la piel y la pones a secar,... tocas y parece eso. Eso al X tiempo revienta por algún lado, se abre una o dos bocas y se cura, y se pierde la piel esa. Esto pasa después de echarle la saliva, después de un tiempo en tratamiento. Cuando las heridas venían muy infestás, la primera maniobra que yo hacía era esa, con sal y vinagre, esperaba un ratico, digamos pa'que el cuerpo lo absorbiera o se perdiera y se quedara la herida y entonces era cuando yo actuaba.

He pretendido dejar patente que no todas las heridas por mordeduras de animales llevan aparejado el contagio de la rabia.<sup>80</sup> Para incidir en esto, apuntaré otra enfermedad infecciosa de origen vírico cuyos síntomas pueden ser confundidos con los de la rabia. Se trata de la enfermedad de Aujeszky o pseudorrabia, enfermedad que no es transmisible a las personas, pero que sí es mortal en los animales. Esto seguro que debió ocasionar situaciones donde los animales morían con síntomas de rabia (aunque en realidad padecían pseudorrabia), mientras que las personas, tras pasar por el saludador sanaban (obviamente porque es una enfermedad que no afecta a la especie humana).<sup>81</sup>

Las medidas de higiene y desinfección que apuntaba nuestro saludador eran el ya citado uso de sal y vinagre, y aumentar las medidas higiene personal. El vinagre, cuyo componente químico es el ácido acético, tiene un efecto antiséptico comprobado científicamente, siendo especialmente efectivo contra bacterias como las *Pseudomonas* y contra levaduras. Así lo explicaba: «vinagre con la chispinica de sal y el algodónico todos los días y limpieza, que no te arrimes donde haya muchos animales ni mucho estiércol. Todos se curaban, yo no tuve ningún caso que no se curara».

El último factor que nos queda por añadir a la triada de elementos que pudieron jugar un papel determinante en la fama curativa de los saludadores, es el poder de nuestra mente o nuestra capacidad de sugestión. Este no es un tema baladí y numerosos estudios científicos abalan su existencia y efectividad. La psiconeuroinmunología es la ciencia que estudia la manera en la que nuestros pensamientos pueden afectar a nuestro sistema inmunitario, favoreciendo su actuación o limitándola. Diferentes fenómenos, como la resonancia límbica o las neuronas espejo, pueden ocasionar en la persona enferma que su situación emocional y su actitud mental sea diferente a la hora de afrontar la patología. Se sabe que los linfocitos CD4 y los NK, están muy influenciados por la situación emocional; de igual manera, una actitud positiva ante la enfermedad va a provocar la liberación de sustancias como los neuropéptidos, adrenalina, noradrenalina, oxitocina o endorfinas que van a tener un potente efecto antiinflamatorio y analgésico que ayudarán a sanar. Por tanto, y parafraseando al Dr. Alonso Puig, se puede afirmar que las personas tenemos mucho más poder para

<sup>80</sup> Cfr. Pedro Poza Tejedor, *La prensa histórica como testigo de la rabia y la actividad de los saldadores*, Revista Información Veterinaria, mayo, 2013, pág. 24.

<sup>81</sup> M<sup>a</sup> J. Cubero Pablo y Luíś León Vizcaíno, *op. cit.*, pág. 49.

afectar a nuestra salud, a nuestros niveles de vitalidad y de energía del que muchas veces tan siquiera se nos pasa por la cabeza.<sup>82</sup>

No puedo concluir este estudio sin hacer referencia al elemento que, sin duda, es más representativo de los saludadores: la saliva y sus efectos curativos. La curación mediante saliva, también llamada sialoterapia, es una práctica extendida por diversas culturas y para diferentes patologías, a lo largo de la historia. Zuno Arce<sup>83</sup> aporta datos sobre su uso, entre otras cosas, para curar heridas por mordeduras y sobre su composición química que avalan su efectividad. Así, se sabe que contiene sustancias con efecto antimicrobiano como las inmunoglobulinas, la lisozima, la lactoferrina y la lactoperoxidasa. También presenta un compuesto llamado opiorfina con efecto analgésico superior a la morfina, y factores de crecimiento celular que favorecen la cicatrización. Todo ello justificaría su posible efecto curativo, no obstante debemos ser conscientes de que la saliva en general, y la humana en particular, puede ser el vehículo de infinidad de gérmenes patógenos como el bacilo tuberculoso, *Staphylococcus aureus* o *Fusobacterium*, los cuales no harían sino empeorar la situación en una herida.

## DEDICATORIA

Terminando con una coletilla que él usó durante la entrevista en multitud de ocasiones, no me queda más que decir que este trabajo está dedicado a D. Fulgencio Inglés Barranco, *que en gloria esté*, fallecido el 29 de mayo de 2012 a los 69 años: «el último saludador».

---

<sup>82</sup> Mario Alonso Puig, *Vivir es un asunto urgente*, Ed. Aguilar, 8ª edición, 2011.

<sup>83</sup> Andrés A. Zuno Arce, *Qué cura la saliva y porqué*, Ed. Berbera, México, 2009.